

La geografía electoral, de Bolivia a América Latina

Salvador Romero Ballivián

La geografía electoral aparece en Bolivia como una disciplina nueva, desarrollada en la última década del siglo XX. La situación es similar en los otros países de América Latina. Hasta entonces, la distribución territorial del voto no había suscitado estudios ni despertado la curiosidad de investigadores o políticos. Este artículo pretende avanzar explicaciones sobre el tardío nacimiento de la geografía electoral en Bolivia, para después analizar cuales son los instrumentos disponibles y sus límites para encarar este tipo de trabajos. Luego, se presentarán las grandes tendencias del comportamiento electoral boliviano medido a través de la repartición espacial de los sufragios para esbozar finalmente pistas que permitan avanzar concretamente hacia el diseño de una geografía electoral latinoamericana.

El tardío nacimiento de una disciplina

Bolivia, como los otros países latinoamericanos, proclamó su independencia siguiendo una filosofía liberal, por ello adoptó la forma republicana y asignó al voto la misión de escoger mandatarios. De entrada, las elecciones recibieron un papel fundamental, por lo menos en teoría, pues la práctica de las primeras dé-

cadav de vida independiente mostr6 una mayor frecuencia de reemplazos presidenciales mediante golpes de Estado que a trav6s de escrutinios libres¹. A menudo, las elecciones sirvieron s6lo para dar un car6cter constitucional y leg6timo a un gobierno que se consolid6 primero por las armas: las candidaturas 6nicas pod6an ser la caracter6stica de esos c6mputos. Aquello sucedi6, por ejemplo, en la primera elecci6n presidencial directa (1843), ganada por Jos6 Ballivi6n. As6 describi6 su bi6grafo el proceso: “De todos los sufragios que se emitieron en esta ocasi6n hubo muy pocos discrepantes; creemos que no llegaron a treinta, y de 6stos fueron anulados algunos s6lo como dudosos”².

Luego de la derrota militar en la guerra del Pac6fico ante Chile (1879), el poder pas6 a los civiles, organizados de forma cl6sica entre conservadores y liberales. Las elecciones se sucedieron a un ritmo regular pero sin contemplar la alternancia: el per6odo conservador (1880-1899) se interrumpi6 con una revuelta liberal, no con una elecci6n. En esos escrutinios, el gobierno pon6a todo el peso de la administraci6n para favorecer a su candidato y la violencia constitu6a un medio habitual para restringir el crecimiento opositor: la lucha por el sufragio libre constitu6a una pieza central del debate pol6tico de esa 6poca y se prolong6 despu6s que los liberales accedieron al poder³. Cuando la principal fuerza opositora en Bolivia exig6a la neutralidad gubernamental en los comicios, en Francia Andr6 Siegfried fundaba la escuela francesa de geograf6a electoral apoy6ndose en cuarenta a6os de elecciones pluralistas (1913)⁴.

Hasta la promulgaci6n del sufragio universal a mediados del siglo XX, hubo en el pa6s elecciones correctas donde el ciudadano tuvo condiciones adecuadas para votar pero esos escrutinios alternaban con otros donde el gobierno distorsionaba los resultados y con fases de intervenci6n militar, en especial luego de la guerra del Chaco con Paraguay (1935). En ese ambiente, aunque algunos escritores hubiesen conocido los trabajos de Siegfried – de lo cual no existe evidencia – el estudio cient6fico de las elecciones ten6a sin duda un inter6s limitado puesto que el an6lisis de las cifras y de los resultados tropezar6a con las presiones autoritarias sobre el electorado. Esa realidad, sumada al escaso inter6s por las estad6sticas, explica, sin duda, que el principal historiador boliviano del siglo pasado, Alcides Arguedas, en varias oportunidades no se preocupase por consignar ni siquiera las cifras globales de la elecci6n, despu6s de haber hecho un seguimiento atento de las campa6as⁵.

La aprobaci6n del sufragio universal (1952) durante el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) permiti6 la participaci6n de las mujeres, del campesinado y de algunas capas populares urbanas hasta entonces excluidas. Sin embargo, pese al contundente respaldo social del que gozaba el MNR gracias a la reforma agraria y la nacionalizaci6n de las minas, las elecciones no respetaron la libertad para la oposici6n. Sin duda, el MNR empa66o victorias

seguras con las restricciones impuestas a los partidos opositores. Los amplios porcentajes del MNR restaban interés al estudio de las cifras, y, además, la atención estaba más bien concentrada, para el oficialismo y sus detractores, en la interpretación de los profundos cambios provocados por el régimen revolucionario. Quizá bastaba con saber que los únicos lugares donde la opositora Falange Socialista Boliviana (FSB) tenía mayoría era en los barrios privilegiados de las capitales, un segmento electoral demasiado reducido para inquietar al MNR.

El derrocamiento del MNR y la subida al poder de las Fuerzas Armadas (1964), rasgo nuevamente compartido con la región, puso entre paréntesis el mecanismo electoral como procedimiento de cambio gubernamental. Sin embargo, cuando los regímenes militares tambalearon, la vía de salida se dio a través de elecciones, en general respetuosas de la decisión ciudadana. Es probable que los países latinoamericanos alcanzasen una madurez que hiciese más difícil la intervención arbitraria del gobierno en el resultado de los comicios: se alfabetizaron, se urbanizaron, se castellanizaron, la prensa independiente se fortaleció, la Iglesia católica se comprometió con la libre expresión del sufragio y los partidos y sindicatos dieron voz a muchos sectores sociales. Con todo, en el caso boliviano, hubo que pasar por tres elecciones en dos años (1978-1980), y algunos golpes de Estado, para que finalmente un presidente constitucionalmente elegido se hiciese cargo del gobierno (1982).

Esas elecciones que se pueden denominar de transición no dieron lugar a estudios serios de sociología o de geografía electoral, lo que puede atribuirse en parte a la coyuntura agitada e incierta pero también a la prioridad acordada por los investigadores a otros temas – como el estudio del militarismo – y a la supremacía de cuestiones ideológicas que desdeñaban el análisis de datos empíricos o consideraban que las elecciones eran irrelevantes, “formales”, en especial en los enfoques marxistas. La situación en el resto de América Latina no difería en forma significativa aunque Chile constituiría una excepción pues es muy probable que en ese país se escribiese el primer tratado de geografía electoral latinoamericana, en la década de 1950 (la obra de Cruz Coke⁶, aparentemente sin posteridad). En los otros lugares, tampoco hubo muchos estudios electorales⁷ y los que hubo fueron, curiosamente, a veces llevados a cabo desde otras disciplinas que la ciencia política, como la historia: así ocurrió en el Perú con la obra pionera de Jorge Basadre⁸.

Por lo tanto, recién cuando el sistema democrático dio pruebas de su afianzamiento y el grave desorden económico fue superado, existieron condiciones mínimas para el análisis serio de los resultados electorales. Los estudios electorales se multiplicaron y dentro de ellos ocupó un espacio la cartografía electoral. El nacimiento de la geografía electoral boliviana en 1993⁹ testimoniaba, a su manera, de una realidad en el fondo sin precedentes en el país: sucesivas elecciones

libres que podían dar lugar a alternancias ordenadas y pacíficas en el poder. A partir de ese momento, la lista de obras que tomaron como pilar la cartografía del voto se amplió progresivamente aunque no de manera significativa¹⁰. En el resto de América Latina, los pasos iniciales de la geografía electoral fueron menos sistemáticos: a veces hubo estudios sobre elecciones específicas pero faltó una síntesis, una visión de conjunto. Así, en Brasil, el texto fundador apareció en 2000 bajo el influjo de la escuela francesa de geografía aunque trabajos preliminares aparecieron desde principios de los años 1990¹¹. En otros países, todavía no se cuenta con estudios sistemáticos de geografía electoral; entre ellos, se encontrarían Perú, Paraguay o Venezuela. El enfoque territorial raras veces fue usado para el análisis de los resultados electorales, como se desprende de los Boletines electorales de CAPEL.

Lo que sí se produjo en Bolivia fue un aumento de investigaciones que privilegiaron la diversidad espacial como fuente de análisis político aunque sin recurrir, las más de las veces, a la elaboración de mapas ni a considerar el territorio como una variable explicativa relevante. En este sentido es revelador que varios de estos estudios se han concentrado principalmente en las elecciones municipales antes que en las nacionales¹². En el lento aumento de la producción bibliográfica influyen también las difíciles condiciones institucionales para llevar a cabo proyectos de investigación de largo aliento: si bien existen mejores oportunidades que en cualquier otra etapa anterior, el financiamiento sigue siendo escaso y pocas organizaciones sostienen investigaciones por tiempo prolongado. Problemas que, lógicamente, no confrontan sólo la geografía electoral ni las ciencias sociales bolivianas.

Igualmente moderado ha sido el recurso de los partidos a la geografía electoral como mecanismo de planificación de campañas a pesar del interés que despierta el tema entre los políticos. Sólo el MNR dedicó una atención singular al tema publicando un trabajo auspiciado por el Ministerio de la Presidencia en 1997¹³. Esa fortuna limitada tal vez se explique por la supuesta frágil capacidad de predicción de la geografía electoral acerca del resultado de la elección inmediata, cuando la encuesta logra dar una emocionante fotografía de las intenciones de voto.

Los instrumentos de la geografía electoral

Si la geografía electoral asocia territorio y voto, su desarrollo depende en gran medida de contar con buena información electoral, sólidos datos sociodemográficos – entendidos de manera amplia – e interesantes estudios regionales. El progreso de la geografía electoral en Bolivia tiene hoy mejores condiciones que hace una década aunque aún se encuentran límites, fáciles de superar algunos, más complicados otros.

Aunque podría intentarse una geografía electoral basada en datos fraudulentos – una empresa intelectual que puede tener un marcado gusto de aventura y creatividad – está claro que los fundamentos de esta disciplina requieren una información electoral confiable, cuyas cifras tengan correspondencia con la voluntad del electorado. Ya se vio como este requisito de base prácticamente no existe para una parte extensa de la historia electoral boliviana y latinoamericana. Los progresos hechos para garantizar el respeto al sufragio popular han sido significativos en los últimos años, incluyendo, en el caso boliviano, mejoras a la ley electoral – en particular el principio de preclusión que impide a las Cortes Electorales modificar el resultado de una mesa electoral – y sobre todo la constitución de Cortes independientes de los partidos.

Sin embargo, incluso cuando los resultados son aceptados por el conjunto de los partidos como sucede desde hace un cuarto de siglo, la información no se encuentra siempre accesible. En muchas oportunidades faltan los resultados oficiales y detallados, ya sea porque los organismos electorales no tuvieron la previsión de publicarlos o porque una coyuntura política difícil impidió que se produzca la difusión: es el caso, lamentablemente no excepcional, de escrutinios seguidos en corto plazo por golpes de Estado, como en 1979 y 1980. En esos casos, queda sólo la ruta de la construcción de un enorme rompecabezas a partir de las noticias de los periódicos, a menudo fragmentarias e incompletas.

Con el asentamiento de la democracia y la institucionalización de las Cortes Electorales, la entrega de resultados ha conocido un avance notable. Desde la elección municipal de 1987, las Cortes han publicado informes oficiales sobre cada uno de los comicios, vale decir que se cuenta con casi una decena de elecciones cubiertas. Empero, este útil paso se encuentra desmerecido por la falta de sistematización de las estadísticas electorales. Los informes no siguen un patrón uniforme: los hay que dan datos en el nivel provincial, otros que descienden a la escala municipal y los últimos, que privilegian la información por circunscripciones. Las facilidades que brinda la informática han ayudado para que la Corte Nacional prepare discos compactos con abundantes datos, incluyendo la desagregación hasta por mesas electorales¹⁴. Con todo, no deja de ser curioso que la publicación más completa hasta la fecha de resultados electorales en la desagregación más fina y homogénea (cantones / localidades) sea fruto del esfuerzo privado antes que público: la recopilación estadística efectuada por Fundemos y la fundación alemana Hanns Seidel es más completa que cualquiera de los trabajos de la Corte Nacional Electoral¹⁵.

En segundo lugar, la geografía electoral necesita estadísticas sociodemográficas confiables para conseguir una aproximación segura a las relaciones entre la estructura de un territorio y su comportamiento político. Para este propósito, es indispensable conocer, al menos, las tasas de educación (anal-

fabetismo y otras), de prácticas lingüísticas (difusión del español, permanencia del aymara y del quechua, etc.), de estructura agraria, de mortalidad infantil, de pobreza o de pertenencia religiosa para citar sólo algunos factores importantes. La calidad de las estadísticas latinoamericanas no ha sido siempre alta, pero ciertamente, existen progresos que deben tanto a procesos de institucionalización de los organismos encargados de elaborar las estadísticas, como a los movimientos de descentralización estatal, además de a los adelantos tecnológicos de la informática.

La institucionalización contribuye a definir políticas de largo aliento y a efectuar programaciones sobre tiempos amplios, dando regularidad a los trabajos emprendidos. Así, los Censos, fundamentales para investigar la geografía política, se realizan con una periodicidad antes desconocida. Si bien medio siglo separó los Censos de 1900 y de 1951, el ritmo se aceleró en los últimos años: 1976, 1992 y 2001. La información numérica permite afinar los análisis y avanzar hipótesis más sólidas: existe la posibilidad de establecer correlaciones y otros cálculos entre la distribución del voto y las variables sociales, económicas y culturales. A menudo, la institucionalización va de la mano de una mayor apertura de los centros públicos: en los últimos años, el Instituto Nacional de Estadística ha puesto énfasis en difundir ampliamente sus trabajos.

En cuanto a los procesos de descentralización, ellos han volcado la atención del Estado hacia unidades geográficas pequeñas, con la consiguiente generación de estadísticas e informaciones en ese nivel. Para ofrecer un ejemplo, si el Censo de 1976 presentó sus datos desagregados para una centena de provincias, desde 1992 los datos se encuentran también disponibles para los más de 300 municipios. Un estudio sobre Bolivia no podría realizarse sin los nueve volúmenes publicados por el Instituto Nacional de Estadística – uno por departamento y con información detallada por municipio – que contienen los datos del Censo de 1992¹⁶ y sin las nuevas ediciones sobre el Censo de 2001.

Queda claro que la geografía electoral no puede contentarse con reducir el universo político y electoral a simples lazos entre cifras electorales y datos sociodemográficos. Una de sus principales razones de ser se encuentra en la posibilidad de integrar los aportes de la historia, la ciencia política, la antropología, la economía o la geografía humana, disciplinas que son, a veces, más difíciles de incorporar a preguntas de encuesta. Esa densidad histórica que hace un territorio distinto de otro pesa sobre las culturas políticas regionales, las tradiciones partidarias e incluso sobre la concepción del hombre y la sociedad como lo demostró el ensayo provocador de Emmanuel Todd sobre Europa occidental¹⁷.

Contar con sólidos estudios regionales constituye una necesidad para pensar con mayor riqueza los resultados electorales. Tal vez representa una situación común en América Latina la ausencia de estas monografías para todo el territorio:

en el caso de Bolivia, existen grandes extensiones, en especial aquellas que viven sin llamar la atención del Estado, que nunca han sido exploradas por los investigadores, auténticas *térrea incongita* del saber. Sus formas de organización social, sus maneras de vivir la política, sus estructuras económicas, son conocidas de manera superficial, lo que también disminuye la posibilidad de dar interpretaciones firmes sobre su comportamiento electoral. En otras palabras, el progreso de la geografía electoral no es ajeno al avance de las otras disciplinas de las ciencias humanas y sociales.

No se puede concluir la sección sobre los instrumentos de la geografía electoral sin mencionar el papel crucial de la informática. Los progresos de la computación permiten abordar en instantes dos etapas que antes demoraban mucho tiempo: por un lado, el tratamiento de las estadísticas electorales y sociodemográficas y por el otro, la realización cartográfica. Hoy, programas relativamente sencillos ayudan a lidiar con una gran masa de información, a unir las estadísticas con la cartografía¹⁸ y a emprender trabajos comparativos entre países. Las perspectivas vertiginosas de los sistemas informáticos tienen el riesgo – la oportunidad dirán algunos – de terminar en la creación de modelos incomprensibles para lectores informados, cultivados pero no especializados.

Creo que la geografía electoral puede y debe avanzar permaneciendo comprensible para, al menos, tres grandes grupos de (e)lectores: políticos profesionales, investigadores en el sentido amplio – lo que puede incluir a periodistas especializados – y, como dijo el autor británico Paul Johnson refiriéndose a su manera de escribir la historia, ciudadanos que tengan curiosidad, inquietud e imaginación.

La geografía electoral boliviana

Principales rasgos de la geografía electoral boliviana

Después de haber presentado los instrumentos disponibles para llevar a cabo trabajos de geografía electoral, conviene mostrar cuales son los resultados conseguidos o, dicho de otro modo, como se dibuja la geografía electoral boliviana en sus grandes rasgos y que factores dan cuenta de esas líneas de distribución del voto. Se trata, por lo tanto, de una apretada y simplificada síntesis de los conocimientos logrados en esta disciplina, que no podrá ser demostrada con todo el material de apoyo necesario por evidentes razones de espacio.

El voto boliviano aparece fundamentalmente estable en sus grandes líneas de distribución. La comparación cartográfica entre la elección presidencial de 1951, en vísperas de la revolución del MNR que trajo consigo el sufragio universal, la nacionalización de las minas, la reforma agraria y la integración económica

entre las sabanas orientales y los Andes occidentales, y los escrutinios generales de la transición o los más recientes, muestran fuertes líneas de continuidad. Quizá el asombro ante esa permanencia no sea una postura adecuada cuando se recuerda que trabajos básicos de la geografía política, como el citado de Siegfried o el de Paul Bois¹⁹, subrayaron ese factor, desafiante de la creencia común que considera cada elección muy distinta de las anteriores. Esta afirmación tan general necesitaría indispensables matices que antes de restarle contundencia, resaltarían la fuerza de las continuidades.

Para percibir esa permanencia, es necesario relegar a un segundo plano las siglas, cambiantes o efímeras para concentrarse en el sentido de las batallas. El Partido de la Unión Republicana y Socialista (PURS) no sobrevivió a la revolución de 1952 pero su implantación geográfica puede verse en la distribución espacial de la conservadora Acción Democrática Nacionalista (ADN) e incluso en la de su adversario de entonces, el MNR. El desplazamiento del MNR del occidente, donde tuvo mayoría antes de su revolución, hacia el oriente desde las elecciones de la transición, se comprende sólo si se entiende que el MNR dejó de identificarse como una agrupación revolucionaria para pasar a una posición más comprometida con el orden.

No hay tanto una perennidad de las organizaciones partidarias ni de sus implantaciones regionales como de dos grandes sensibilidades políticas – una nueva simplificación. La derecha o los movimientos identificados con el orden tienen una fuerte presencia en la región amazónica, en las sabanas y en el Chaco, además de contar con una buena votación urbana, excepción hecha de los barrios populares. Se trata de la Bolivia septentrional y oriental, de tierras bajas. La izquierda, los movimientos de protesta y los indigenistas se asientan más bien en el altiplano, en los Andes y muchos de sus valles. Aquí se encuentra la Bolivia occidental y central, a gran altura sobre el nivel del mar.

Algunos mapas, incluidos en el artículo “La elección presidencial 2002 en Bolivia”, publicado en este mismo número de la revista ALCEU, ayudan a observar mejor esos contrastes territoriales. Tal vez el más ilustrativo sea el mapa “Elección Presidencial 2002 ganador por municipio” (Fig. 1, p. 178). Allí, se observa la media luna conservadora que une el norte de Bolivia con el extremo suroccidental, pasando por las regiones orientales. Las victorias del MNR, de ADN y ahora del MIR no dejan espacio a otras agrupaciones. Esa cartografía es la inversa de la que arman las corrientes de izquierda, el movimiento indigenista o katarista, las fuerzas contestatarias asentadas en el altiplano y los valles. Las victorias del Movimiento Indígena Pachacuti y del Movimiento Al Socialismo en esas áreas en 2002 delimitan bien esos territorios que votan habitualmente por el cambio de las estructuras del país.

Representar gráficamente las tendencias electorales constituye la primera etapa del trabajo, más exigente e interesante es procurar dar cuenta de esa

distribución, bastante estable como se anotó. En el caso boliviano, el contraste de sensibilidades políticas se inscribe como una de las numerosas divisiones que separan ambos espacios. La mayoría de las variables sociodemográficas, culturales, históricas y políticas reproducen, con diferentes grados de precisión, ese contraste electoral.

Sin entrar en detalles innecesarios ni agotar los factores explicativos se puede pasar revista a algunas de estas diferencias que, no debe olvidarse, actúan las más de las veces de forma superpuesta. La rápida lista de factores que se mencionan a continuación hace casi ocioso decirlo, pero no está demás insistir en que la geografía electoral no se comprende o se explica a partir de un único o de un gran factor sino de una pluralidad de elementos, cuya importancia varía en el tiempo.

El nivel de vida, tal como puede apreciarse a través de la mortalidad infantil, el acceso a la educación o más directamente en el grado de pobreza, muestra una ventaja para la Bolivia del norte, del este y del extremo sur. Ello indica que, en general, los estándares más altos de vida se asocian con un voto de derecha y la insatisfacción socioeconómica acerca a los electores hacia la izquierda. La mejor difusión del español en ese espacio oriental y norteño juega en la misma dirección: el castellano abre una paleta de oportunidades personales, facilita el sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional y, en muchas regiones, une a las elites y los grupos populares. El predominio del aymara y del quechua, común en las tierras altas, favorece a la izquierda, a los indigenistas, a las corrientes de protesta e incrementa el voto en blanco. Estas mismas tendencias políticas acumulan fuerza en las áreas de pequeña propiedad agraria y en las zonas de colonización agrícola, donde forman parte activa del sindicalismo y se vinculan con organizaciones no gubernamentales que apuestan al desarrollo socioeconómico del sector. En cambio, las provincias de la gran propiedad agrícola o ganadera de las tierras bajas votan por la derecha que, a menudo, orientó las políticas públicas hacia ese grupo, sin olvidar los mecanismos de control social e influencia política que ofrece la hacienda a los patrones.

Igualmente presentes, a la hora de diferenciar el territorio, están las tradiciones culturales e históricas y los acontecimientos fundadores que otorgan personalidad propia a las regiones. Sin duda, el comportamiento crítico del altiplano boliviano y su voto por los movimientos indigenistas no se comprenden sin hacer referencia al “punto de partida”, para retomar la expresión de Tocqueville, que estableció una relación asimétrica entre los españoles y los indígenas, más allá de los posteriores procesos de mestizaje. Esas desigualdades que fomentaron rebeliones y movimientos de protesta favorecen hoy un voto hacia partidos críticos de las políticas estatales. Asimismo, la solidez de la izquierda en los grandes centros mineros se entendería de manera incompleta sin un análisis de las íntimas relaciones entre la izquierda y los sindicatos mineros durante más de medio siglo.

Situación opuesta a la reinante en el Amazonas, cuyo desarrollo estuvo a menudo en manos de empresarios decididos, fundadores de ciudades y defensores de la soberanía nacional, que granjearon así un prestigio social, económico y político para las nuevas elites.

Detener aquí las explicaciones daría la equivocada impresión de que la geografía electoral sólo se apoya en grandes estructuras para dar cuenta de los comportamientos políticos. Ese enfoque es incompatible con las oscilaciones de los porcentajes de los partidos de una elección a la otra; si el método no consiguiese seguir ese oleaje caprichoso sería una disciplina muerta. Dos tipos de evoluciones tienen que distinguirse: unas de largo aliento, tendencias de fondo que cambian de forma estructural el paisaje político, otras, que responden más bien a modificaciones coyunturales.

Las primeras se caracterizan por un cambio en las estructuras socioeconómicas o demográficas que modifican significativamente la orientación política de una zona. Así, por un lado, el derrumbe de la economía del estaño dejó en la ruina muchas regiones, provocó el éxodo de miles de mineros y agotó el sindicalismo en ese sector: en esas localidades, las masivas votaciones de la izquierda ligada al movimiento proletario son un recuerdo distante. Por otro lado, la llegada de miles de inmigrantes a ciudades del Chaco o a las colonias agrícolas de las sabanas debilita a los partidos tradicionales de la zona y permite el crecimiento de otros que se presentan como los portavoces de los nuevos habitantes. Ese conflicto social y político rompe definitivamente con las formas habituales de hacer política en esas regiones.

Las segundas no implican reajustes de tanta magnitud sino, más bien, se concentran en los cambios de la coyuntura. Para dar un ejemplo, sin la comprensión de estas evoluciones no se entendería el brusco descenso del MNR entre 1979 y 1980 cuando una parte significativa del electorado identificó a este partido con la tentativa de golpe de Estado de Natusch y lo sancionó duramente en las urnas, castigo que por cierto no fue repartido de manera uniforme sobre todo el territorio. En consecuencia, el interés por la coyuntura, por las campañas proselitistas, por el impacto de los medios de comunicación o de las políticas públicas necesita un espacio significativo en el análisis. La geografía electoral ayuda a entender que los actos de los políticos y de los gobiernos no repercuten por igual en el territorio de un país aunque en muchos casos se traten de medidas generales. En este punto, la geografía electoral debe mantener un intercambio frecuente y fecundo con la sociología electoral que se apoya más bien en encuestas, que permita conocer con más precisión el comportamiento de algunas capas sociales o grupos de edad y evitar interpretaciones erradas por la “falacia ecológica” puesta al descubierto hace muchos años por W. Robinson²⁰, la cual es uno de los riesgos metodológicos de la geografía electoral.

Conclusión: los desafíos de la geografía electoral en América Latina

Hasta aquí, el análisis ha funcionado como en un circuito cerrado. Las explicaciones ofrecidas hacían especial énfasis en las relaciones encontradas para Bolivia pero ello es, desde cualquier punto de vista, insuficiente. Al menos dos grandes perspectivas deben ser consideradas para enriquecer los trabajos y apuntar hacia la puesta en marcha de una geografía electoral que supere las pequeñas fronteras de un país: la una consiste en preocuparse por comparar, la otra procura descubrir áreas geográficas cuyo comportamiento político trascienda las líneas divisorias entre países.

Por un lado, hay que evitar caer en visiones “esencialistas” que den por naturales una serie de asociaciones. Los trabajos europeos y norteamericanos han establecido un fuerte vínculo entre el mundo rural, especialmente de pequeña propiedad agraria, y la derecha con argumentos tan sólidos que casi podría pensarse que existe una necesidad sociológica en esa unión. Sin embargo, una herencia histórica distinta o condiciones socioeconómicas diferentes colocan, como en el caso boliviano, a la pequeña propiedad agrícola como un bastión de la izquierda o de los movimientos más contestatarios al orden establecido. Otros ejemplos podrían añadirse, entre ellos, la orientación hacia la izquierda de las tierras más católicas, en contraposición a la situación europea. Los resultados contrastados entre países tienen una gran utilidad pues ayudan a profundizar las explicaciones para dar cuenta de las realidades diferentes, a matizar las conclusiones y a no dar por sentado y natural ningún comportamiento político.

Por otro lado, es fundamental mirar la geografía electoral más allá de las líneas demarcatorias nacionales. Algunas fronteras tienen vínculos tan estrechos y frecuentes, amén de estructuras sociales, económicas o demográficas próximas, que casi no sorprende que los comportamientos políticos y electorales sean afines. Pude observar, de manera ciertamente escueta, como el altiplano boliviano y el peruano reaccionan de forma similar en los últimos años del siglo XX, apostando por candidatos nuevos y opositores (Fujimori y luego Toledo en Perú, CONDEPA, el MIR o el MIP en Bolivia) para darles la espalda una vez que ejercen el poder y buscar alternativas²¹. Sin problemas, también se encontraría como, en el trópico de Bolivia y de Brasil, ha predominado un voto conservador y de cómodas mayorías para líderes locales de derecha. Uno de los desafíos está en ampliar este tipo de estudios y buscar explicaciones comunes.

Esa base, junto a intercambios fecundos de análisis y estadísticas – elaboradas de la manera más homogénea posible – entre investigadores de distintos países y a la escritura de monografías nacionales sólidas, permitirá apuntalar

la creación de una verdadera geografía electoral latinoamericana que no sea sólo la yuxtaposición de estudios nacionales. El reto del *Atlas electoral* está planteado.

Salvador Romero Ballivián

Profesor en la Universidad Mayor de San Andrés y
en la Universidad Católica Boliviana

Notas

1. Para un recuento preciso, MESA, Carlos D. *Presidentes de Bolivia: entre urnas y fusiles*. La Paz: Gisbert, 1990, 495 p.
2. SANTIVÁNEZ, José María. *Vida del general José Ballivián*. Nueva York: s/d, 1991, p. 122.
3. IRUROZQUI, Marta. “Las elecciones presidenciales bolivianas durante la etapa conservadora, 1884-1896” en *Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, Anuario 1999*. Sucre: Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, 1999, p. 243-273.
4. SIEGFRIED, André. *Tableau politique de la France de l'Ouest*. París: Imprimerie Nationale, 1995, p. 40-41.
5. ARGUEDAS, Alcides. *Historia general de Bolivia*. La Paz: Arnó, 1922, 580 p.
6. GERMANI, Gino. *Política e massa*. Belo Horizonte: Universidade de Minas Gerais, 1960, p. 123.
7. Fernando Tuesta señala que 75% de la producción bibliográfica sobre elecciones “se ha escrito a partir de la instalación de la Asamblea Constituyente” (1978). Fernando Tuesta, “La circunscripción electoral: una visión conceptual y comparada en América Latina”, artículo inédito preparado para el Seminario de Discusión, Análisis y formación en cartografía electoral de los países andinos, Bogotá, abril de 2002.
8. BASADRE, Jorge. *Elecciones y centralismo en el Perú*, citado por Víctor Peralta, “Entre la abstención y la exclusión: partidos políticos en el Perú, 1895-1920” en *Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, Anuario 1999*, op. cit., p. 370.
9. BALLIVIÁN, Salvador Romero. *Geografía electoral de Bolivia*. La Paz: CEBEM - ILLDIS, 1993, 283 p. (segunda edición en 1998, por Caraspas - Fundemos, 333 p.). El agotamiento de dos ediciones y la preparación de una tercera prueban la buena acogida dispensada a esta nueva disciplina.
10. Sin ser exhaustiva, se puede mencionar en la lista: BALLIVIÁN, Salvador Romero. *Electores en época de transición*. La Paz: Caraspas-Plural, 1995, 166 p.; Fundemos. Elecciones generales 1997 (número 29 de *Opiniones y Análisis*), julio 1997; Fundemos. Balance de las elecciones municipales 1999 (número 49 de *Opiniones y Análisis*), 2000; Fundemos, Elecciones presidenciales 2002 (número 57 de *Opiniones y Análisis*).
11. JACOB, César Romero; HESS, Dora Rodrigues; WANIEZ, Philippe; BRUSTLEIN, Violette. “As eleições no Brasil pós-ditadura militar: continuidade

- e mudança na geografia eleitoral”. In: *ALCEU*, vol.1, n.1, 2000, pp. 102-151.
12. CALLA, Ricardo; CALLA, Hernando. *Partidos políticos y municipios*. La Paz: ILDIS, 1996, 114 p.; ROJAS, Gonzalo; ZUAZO, Moira. *Los problemas de representatividad del sistema democrático boliviano*. La Paz: ILDIS, 1996, 75 p.
13. Ministerio de la Presidencia. *Comportamiento electoral de la población boliviana 1993-1997*. La Paz: Ministerio de la Presidencia, 1997, 119 p.
14. Carlos Borth y Silvia Chávez ofrecieron una lectura de la presidencial 2002 a partir de una selección de mesas electorales. BORTH, Carlos; CHÁVEZ, Silvia. *Elecciones 2002 (resultados y transformaciones)*. La Paz: Fundemos, 2002, 196 p.
15. Fundemos. Datos estadísticos: elecciones presidenciales 1979-1997 y Datos estadísticos: elecciones municipales 1987-1995, correspondientes a los números 32 y 33 de *Opiniones y Análisis*, 1998. En el Perú, otra fundación alemana, la F. Ebert, también auspició el enorme trabajo de recopilación de estadística electoral. TUESTA, Fernando. *Perú político en cifras (1821-2001)*. Lima: Ebert, 2001, 700 p.
16. Instituto Nacional de Estadística. *Indicadores sociodemográficos por secciones de provincia*. La Paz: Ministerio de Hacienda, INE, 1997, 9 volúmenes.
17. TODD, Emmanuel. *La invención de Europa*. Madrid: Tusquets, 1995, 535 p.
18. El paquete informático Philcarto, diseñado por el investigador francés Philippe Waniez, representa una valiosa contribución en este campo.
19. BOIS, Paul. *Paysans de l'Ouest*. París: Flammarion, 1978, 383 p.
20. Citado por MAYER, Nonna; PERRINEAU, Pascal; COLIN. *Les comportements politiques*, 1992, p. 51-55.
21. ROMERO B., Salvador. *Geografía electoral de Bolivia*, op. cit., p. 219-220.

Referencias bibliográficas

- Fundemos. Datos estadísticos: elecciones presidenciales 1979-1997. *Opiniones y Análisis* (32), 1998.
- Fundemos. Datos estadísticos: elecciones municipales 1987-1995. *Opiniones y Análisis* (33), 1998.
- Instituto Nacional de Estadística. *Indicadores sociodemográficos por secciones de provincia*. La Paz: Ministerio de Hacienda, INE, 1997, 9 volúmenes.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador. *Electores en época de transición*. La Paz: Caraspas-Plural, 1995, 166 p.
- _____. *Geografía electoral de Bolivia*. La Paz: Caraspas-Fundemos, 1998, 333 p.
- SIEGFRIED, André. *Tableau politique de la France de l'Ouest*. París: Imprimerie Nationale, 1995.

Resumen

La geografía electoral, disciplina nacida en Francia a principios del siglo XX, se desarrolló tardíamente en América Latina. Recién con la democratización, la realización periódica de elecciones libres y transparentes, los cambios en el Estado (institucionalización y descentralización), comenzaron las primeras investigaciones. En el caso boliviano, el primer texto data de 1993. En los otros países de la región, la geografía electoral se inició después. En términos muy simples, la geografía electoral boliviana tiende a oponer un espacio de derecha, concentrado en el norte, el este y el extremo sur del país, a un espacio de izquierda o proclive a la protesta, ubicado en el oeste y el centro. Esa división electoral, bastante estable, refleja bien una serie de contrastes económicos, sociales, culturales y de tradición política entre ambos espacios.

Palabras claves

Geografía electoral, elecciones, democracia, Bolivia.

Resumo

A geografia eleitoral, disciplina nascida na França no princípio do século XX, se desenvolveu tardiamente na América Latina. Recentemente, com a democratização, a realização periódica de eleições livres e transparentes, as mudanças no Estado (institucionalização e descentralização), começaram as primeiras pesquisas. No caso boliviano, o primeiro livro data de 1993. Nos outros países da América Latina, a geografia eleitoral teve início mais tarde. De modo geral, a geografia eleitoral boliviana se caracteriza pela oposição de um espaço de direita, concentrado no norte, leste e extremo sul do país, e um espaço de esquerda ou que tende ao protesto, no oeste e centro. Esta divisão eleitoral, bastante estável, reflete bem uma série de contrastes econômicos, sociais, culturais e de tradição política entre esses dois espaços.

Palavras-chave

Geografia eleitoral, eleições, democracia, Bolívia.